

A.P.C.E.

SIG.: 1.26/1432

- LA REPUBLICA Y EL REY
- LOS PROGRAMAS ELECTORALES
- UN PROCESO DRAMATICO

n=290

Por CARLOS ESPLA

LA REPUBLICA INDIA

LA India, el antiguo florón de la corona imperial británica, es hoy una República independiente que, entre grandes festejos y algunos actos de violencia, acaba de asumir la plenitud de su soberanía al tomar posesión de su presidencia el doctor Rajendra Prasad y cesar en sus funciones el gobernador general Ch. Rajagopalachari. Este cargo de gobernador general se creó con la finalidad de facilitar el tránsito del Estado de Dominio británico al de República independiente, para sustituir al virrey designado por el soberano inglés, que era también emperador de la India. Disraeli dió a la reina Victoria tal título, que Jorge VI no lleva ya. El último virrey de la India fué lord Mountbatten. El primero —y último— gobernador general un abogado indio. El primer Presidente de la República, uno de los más fieles secuaces de Ghandi. Así, a través de esos tres cargos y de esas tres personas, se desarrolla la evolución de la India desde el virreinato al dominio y luego a la República independiente.

Independiente, pero ligada por vínculo sutil y simbólico a Inglaterra en la persona de su rey. India sigue perteneciendo, en efecto, a la comunidad británica de naciones, federación que reconoce como símbolo de su unión al soberano. Sólo el genio político inglés, inclinado a la paradoja, podía haber hallado esta extraña situación constitucional de una República soberana, con su propio Presidente, vinculada, aunque sólo sea simbólicamente, a un rey. Tal prodigio de agudeza política o de ingenioso juego de conceptos, fué un verdadero hallazgo de la conferencia de la comunidad británica cuando declaró la aceptación del rey —no de la corona, como se decía antes— como símbolo de la "libre asociación de las naciones que son miembros independientes de la comunidad".

Alguien, donosamente, propuso entonces cambiar el himno británico: "God Save the Symbol". Lo cierto es que tan tenue distinción entre la corona como institución y el rey como individuo humano, permitía que la República India continuara perteneciendo a la comunidad bri-

tánica. Y abría también las puertas de ésta —aunque fuera en vano— a otras dos Repúblicas: la de Irlanda y la de Birmania, separadas de dicha federación.

El nuevo Presidente de la República de la India, jefe de un Estado soberano, es, a su vez, símbolo de unión con la vieja metrópoli, al propio tiempo que Jorge VI lo es con la antigua colonia. La propia personalidad del doctor Prasad, el nuevo Presidente, es también simbólica. Representa, en efecto, el triunfo de las fuerzas morales que, al impulso de las doctrinas y los actos de Ghandi, han contribuido de modo decisivo a lograr la independencia de la India. El doctor Prasad cultivó, como su maestro, la sencillez, la bondad, el sacrificio ante la violencia, el ejemplo por el ayuno, la rucua, la virtud y la paz. Junto al alto valor espiritual del nuevo Presidente, un estadista sagaz, fiel también a los grandes principios morales, pero con un claro sentido de la realidad, el primer ministro Nehru, desarrolla su política inteligente, atenta a los graves problemas a que tiene que enfrentarse la India en el agitado mundo asiático, hoy en plena transformación.

LABORISTAS Y CONSERVADORES

Con la publicación de los respectivos programas, que llevarán como bandera en las próximas elecciones generales los dos grandes partidos británicos —el laborista y el conservador—, ha comenzado en realidad la gran lucha ciudadana en que habrá de decidirse la suerte política de Inglaterra durante los próximos cinco años.

Aunque en las elecciones intervengan otros partidos —el liberal, el comunista, etc.—, los dos antes citados son los que se disputan la victoria, y, con ella, el poder, en una gran movilización civil de la democracia inglesa, que acudirá a las urnas el día 23 de febrero.

En 1945 los laboristas obtuvieron 11.900.000 votos y el gobierno; los conservadores, ... 8.600.000, y los demás partidos, cuatro millones de sufragios. En el censo electoral figurarán 34.400.000 votantes, de los que se cree que emitirán su sufragio un 75 por ciento.

A ellos van dirigidos los manifiestos electorales publicados

ya por las organizaciones que acaudillan respectivamente Clement Attlee y Winston Churchill.

No presentan tales documentos políticos diferencias esenciales en cuanto se refiere a la acción internacional preconizada por ambos partidos —basada igualmente en los pactos defensivos dentro del marco de las Naciones Unidas y la vigorización de la comunidad británica de naciones— o a la libertad política y al respeto a la democracia en el interior, profesadas asimismo por los partidos. Las diferencias se apuntan principalmente en el campo económico y social.

Ofrecen los laboristas proseguir su obra de nacionalización de ciertas industrias y servicios, de trabajo para todos, de lucha contra los monopolios, de ampliación de los seguros sociales, de construcción de viviendas, de más viveres y más baratos, etc. Pero el programa de nacionalizaciones se limita, al renunciar, por ejemplo, a la de los seguros, que se regirán por un sistema de mutualidad, mientras que en otras industrias subsistirá la empresa privada al lado de la nacionalizada.

A su vez los conservadores, pese a todas sus encendidas propagandas antisocialistas, han recogido en su programa —signo de los tiempos europeos— algunas de las realizaciones laboristas. Ofrecen, en efecto, respetar los seguros sociales, y, además, si bien por una parte anuncian que pondrán fin al programa de nacionalizaciones —suspendiendo, entre otras, la de la industria siderúrgica—, por otra parte aprueban algunas de las que ya funcionan en el país con buen éxito económico, aunque aceptarán al lado de ellas la competencia de la empresa privada.

De este modo, en el ardor mismo de la lucha, un partido influye en otro, y el solemne "Times" ha podido decir a este respecto que el manifiesto electoral de los conservadores hubiera parecido hace algún tiempo excesivamente socialista a no pocos tories.

Las elecciones inglesas despertarán, naturalmente, gran interés en todo el mundo, por las repercusiones internacionales que puedan tener y también por lo que significan como ejemplo vivo de democracia en acción.

ALGER HISS, CONDENADO

Pocas veces la presencia de un hombre delante de sus jueces ha tenido vibración tan dramática como en el proceso de Alger Hiss ante el jurado de Nueva York, que lo ha declarado culpable. Alger Hiss es uno de los hombres más brillantes de la joven generación de intelectuales norteamericanos consagrados al servicio público. Inició en él al terminar sus estudios en Harvard. Fué "new dealer" destacado, alto funcionario del Departamento de Estado, asesor del Presidente Roosevelt en la conferencia de Crimea, secretario general de la de San Francisco para redactar la Carta de las Naciones Unidas, presidente de la Fundación Carnegie para la Paz. . . . Cierto día, un ex comunista, Whittaker Chambers, lo acusa de haber sido compañero suyo de partido y de espionaje, de haberle entregado en 1938 documentos secretos del Departamento de Estado, para ser transmitidos a Rusia. Hiss se querrela contra él por calumnia. Niega categóricamente las dos acusaciones. Chambers las mantiene ante el Tribunal Federal, y Hiss es procesado por perjurio. En el proceso se aportan pruebas en verdad turbadoras. Hiss destruye algunas. Otras quedan sin explicación. Pero cuantos conocen a Hiss, sus jefes y compañeros, atestiguan su honradez, su moralidad, su lealtad. Frente a él la figura de Chambers, su acusador, aparece turbia y sospechosa. ¿Quién ha mentado, Hiss o Chambers? Un primer jurado no acierta a dar una respuesta firme. Un segundo jurado contesta que fué Hiss quien mintió. Ante el hombre delante del cual se abría un espléndido porvenir, se abren ahora las puertas del presidio.

Mas aun después de dictada la condena, periódico tan serio como el New York Times escribe: "El misterio subsiste". Y el secretario de Estado, Dean Acheson, afirma públicamente su amistad con el condenado, lo que es, en su conciencia, una absolución. Por otra parte, ciertos elementos políticos de los Estados muéstranse, en cambio, complacidos: en Alger Hiss, el colaborador en el New Deal, ven condenada una política que ellos detestan.